

Platon, Plutarco, Ciceron, Aristóteles, Porfirio, Jamblico y Confucio. En el tiempo del nacimiento de Jesucristo, medio siglo despues que Virgilo y la Sibila recordando los oráculos antiguos nos hablasen del orden grande que muy pronto iba á establecer el hijo de Dios descendido del cielo, Suetonio y Tácito nos presentan todos los pueblos con los ojos fijos sobre la Judea, *de donde dicen anunciaba una antigua y constante tradicion, que debia salir por este tiempo el dominador del mundo.*

Era esto tanto mas de presumir, cuanto que la época en que el Mesías ó Libertador habia de aparecer, estaba figurada en todas las profecías y coincidía con el tiempo en que Jesucristo vino al mundo: esto ocasionó que toda una secta tributase á Heródes el Grande el título de Mesías; por lo mismo fueron distinguidos con este gran nombre Dositeo, Simon Mago, Barcokebas y algunos otros. Tal era la conviccion de que habia llegado el tiempo anunciado por los profetas en que habia de aparecer el Mesías, y esto no solo entre los judíos, sino en todos los pueblos del Oriente, como nos lo asegura Josefo con los principales historiadores de aquellos tiempos.

En segundo lugar tenemos, que en medio de la

confusion supersticiosa de los sacrificios gentílicos, aparece y se conserva otra verdad tradicional: á saber, la necesidad de aplacar la Divinidad ofendida y airada con víctimas é inmolaciones: proporcionadas y decentes en el pueblo judaico, impropias en el gentílico, pero que siempre unas y otras anuncian la persuasion general en todos los pueblos, de que una sangre inocente es el medio indicado para satisfacer la eterna justicia. Los judíos figuraban esta en sus sacrificios legales. Los paganos los confundian hasta el horror de derramar la sangre humana para aplacar una justicia que exigía y reclamaba una satisfaccion digna, pero que ellos no podian conocer ni explicar.

Directora. Pero que en todo manifestaban á nuestro divino Redentor.

Canónigo. Así es: la pasion y redencion por la sangre de un Dios hombre, anunciadas al primero, conservadas en las generaciones, y confundidas luego por las supersticiones gentílicas, se traslucen en medio de sus sombras. Era como observa Briant y el Conde de Maistre, con Taber, y otros sábios, una opinion uniforme y que habia prevalecido en todas partes que la remision no podia obtenerse sino por la sangre, y que alguno

debía morir por la felicidad de los otros. El mismo Porfirio, enemigo encarnizado é impugnador sagaz del cristianismo, reconocía la necesidad de una purificación general: y Wolney en sus ruinas dice: que las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores, habian estendido por toda el Asia la creencia de un gran Mediador que habia de venir; de un Juez final, de un Salvador futuro, Rey, Dios, Conquistador y Legislador. Los que aseguran esto nada tienen de parciales á nuestro favor. Quien dice de estos, puede decir igualmente de muchísimos de la misma clase que atestiguaron los hechos milagrosos de Jesucristo, y los efectos que generalmente producian.

Prefecto. Existen innumerables testimonios en autores nada sospechosos, pues fueron enemigos del cristianismo, que atestiguan la verdad de sus hechos milagrosos, con la convicción general que su certeza producía en tantos millones de hombres de toda clase y condicion, y de tan distintas naciones, que no solo abrazaban el Evangelio sino que gustosos se dejaban degollar en prueba de su fé. No deben olvidarse á este propósito las palabras de uno de los mas fuertes enemigos de la revelacion, el mismo Rousseau, quien dice que los

hechos de Sócrates de que nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. Oigamos algunos testigos nada cristianos que hablan en su favor. Las actas enviadas por Pilato al Emperador Tiberio, Flavio Josefo, judío, Celso Juliano y Porfirio, que atacando la religion cristiana con toda clase de argumentos, convienen sin embargo en los hechos milagrosos que quieren explicar recurriendo ridículamente á virtud mágica.

Directora. Recursos ciertamente tan despreciables como ridículos.

Canónigo. La Divinidad y Encarnacion del Verbo, la Adoracion de los Magos, la aparicion de la estrella, y la degollacion de los inocentes, todo lo vemos publicado por los paganos. Calcidio, Annelio y Macrobio, lo refieren con toda expresion. El primero en su comentario sobre el *Timeo* asegura las tres principales verdades que forman la esencia y el fondo de nuestra santa Religion. Oigamos sus mismas palabras traducidas al castellano. *“Un Dios que merece nuestra veneracion, ha descendido del cielo á la tierra, y ha descendido únicamente para la salvacion del género humano. Afirma positivamente, que este gran beneficio fué indicado á los hombres por la aparicion de una nueva estrella, que les anunció no muertas ni en-*

fermedades, sino la venida de este Dios Salvador. Añade que unos Caldeos muy ilustres por su sabiduría y conocimiento de la Astronomía, habiendo notado la nueva estrella y examinado su movimiento, se determinaron á buscar el Dios que anunciaba y acababa de nacer; y que habiéndole hallado le tributaron las adoraciones y homenajes que convenian á la Magestad de un Dios tan grande, aunque su Soberanía estuviese oculta bajo la figura de un niño."

Ammelio nos refiere lo mismo con tan bellas palabras, que pueden llamarse una pura paráfrasis de las de San Juan. Dice que *el Verbo es eterno y que ha criado todas las cosas; que estaba en Dios; y que él mismo era Dios; que todo absolutamente fué criado por él, y que todo lo que ha sido hecho, fué hecho por él, y la vida y la existencia."* Añade otra cosa mas particular diciendo: que, *"este mismo Verbo descendió á un cuerpo mortal como el nuestro; que se revistió de nuestra carne, descubriendo sin embargo en su humanidad el resplandor de su naturaleza divina, y que al fin habiendo muerto volvió á recobrar todo el resplandor de su divinidad, como lo tenia antes de haber tomado un cuerpo humano, y antes de haberse hecho hombre."*

Directora. No pueden darse testimonios mas claros y mas imparciales.

Canónigo. Pues oiga vd. otro no menos claro que chistoso. El célebre Macrobio, bien conocido por los siete libros de sus Saturnales, nos presenta una prueba evidente de la degollacion de los niños inocentes, refiriendo el dicho graciosísimo de Augusto. Dice, que cuando éste supo que Heródes, Rey de los Judios, con extraordinaria barbárie habia mandado degollar en Belen y sus cercanías á todos los niños de dos años abajo, sin perdonar á su mismo hijo en tan horrible carnicería, exclamó: *"Mas vale ser puerco de Heródes que hijo suyo,"* aludiendo al haber muerto á su hijo, y no matar cerdos por estarle su carne prohibida.

Directora. Muy bien dicho, y con tanta gracia como justa razon. Siga vd. Sr. Canónigo, que tengo el mayor placer en oír á vd. tales noticias.

Canónigo. Flegón liberto de Adriano en su Historia de las Olimpiadas, dividida en diez y seis libros, habla en el trece y catorce de las tinieblas ocurridas en la muerte de nuestro Señor, que corresponde al cuarto año de la Olimpiada doscientos y dos. Thallo, en sus historias siriacas, conviene en este punto con Flegón. Los Analistas Romanos hablaron de este eclipse tan maravilloso contra todo el curso y orden de la naturaleza: y por lo mismo les decia Tertuliano con toda fir-

meza, que si no creían estas cosas, registrasen sus mismos archivos, y allí lo encontrarían. *Eum mundi casum relatam, in archivis vestris habetis.* Esta misma respuesta la vemos también dada por el Presbítero Luciano, instruido á fondo en todo género de literatura romana y griega. Si no que-
reis, les dice, creer lo que afirmo sobre la Divinidad de Jesucristo, no teneis mas que consultar vuestros anales, vuestros fastos, vuestros propios archivos, y hallareis que en tiempo de Poncio Pilato, cuando el Salvador del mundo fué crucificado, desapareció el sol, y el universo quedó sepultado en tinieblas á la mitad del dia. Esto dice aquel profundo filósofo y célebre orador de aquellos tiempos. Están pues conformes con este testimonio los que hallamos en las Olimpiadas ó crónicas de Flegón, las historias Sirciacas de Thallo y las de los archivos de la ciudad é imperio de Roma.

Prefecto. El pagano Ammiano Mercelino natural de Antioquía, y que militó bajo Constancio, Juliano y Valente, en su historia, á pesar de los elogios al Emperador Juliano, y la conformidad de sus sentimientos filosóficos, refiere asimismo los muchos y raros esfuerzos de este príncipe por restablecer el templo de Jerusalem, y el modo ma-

ravilloso con que quedó burlado este proyecto. *Directora.* ¿Y refiere el mismo Ammiano expresamente el mal éxito que tuvo la empresa concertada con tanto empeño y teson por su amigo el apóstata Juliano?

Prefecto. Lo he leído con tanta admiracion, y tantas veces, que mantengo materialmente en la memoria sus mismas palabras. Oiga vd. como lo refiere al principio de su libro diez y ocho en estos términos: *En tanto que Alipio auxiliado del Gobernador de la provincia, aceleraba con grande esfuerzo la obra, unos terribles globos de fuego salieron de los cimientos, que habian ya trastornado unos violentos vaivenes. Los trabajadores, que comenzaron de nuevo varias veces la obra, fueron otras tantas abrasados; y así obstinándose el fuego en repelerlos, quedó el sitio inaccesible, y tuvo que parar la grande obra proyectada.*

Directora. Para mí no hay un hecho tan famoso, tan cierto y tan memorable como este por todas sus circunstancias, en confirmacion de la certeza de nuestra santa religion y reprobacion de la judaica.

Prefecto. Seguramente es tan particular y tan atestiguado aun por nuestros mayores enemigos, que podemos decir sin exageracion, que desde el

tiempo de los Apóstoles no hallamos otro ni mas admirable ni mas auténtico. Por esto mismo llegó á decir San Juan Crisóstomo, hablando de este acontecimiento prodigioso: "que cuando el infierno no hizo por medio de Juliano los mayores esfuerzos para destruir la Divinidad del Verbo encarnado, entonces hizo Dios los mayores milagros para sostenerla. En vano (dice en otro lugar el mismo Santo Padre) "se esfuerza Tito por salvar el templo: inútilmente procura Juliano restablecerle para destruir la Iglesia. No puede ser levantado lo que Dios abate, ni puede ser abatido lo que Dios sostiene." Con semejantes palabras procuraba San Cirilo, obispo de Jerusalem, consolar á los cristianos en medio de tantos insultos, escarnios y amenazas como les hacian los judíos, cantando los triunfos y victoria que veian como ya conseguida por su religion.

Canónigo. Tambien fué otra providencia no menos especial del Altísimo, el que entonces volviere de su destierro el Santo obispo para consolarlos y confirmarlos en el cumplimiento de la profecía de Jesucristo, asegurándoles que todo aquel esfuerzo y autorizado proyecto ó aparato, no serviría para otra cosa, ni tendria otro éxito, que acabar de destruir en un todo lo poco que habia

quedado de los cimientos del templo, y que así se verificarían á la letra las palabras del Salvador, que *no quedaria piedra sobre piedra.*

Directora. De suerte que todo aquel esfuerzo lo hizo servir el Omnipotente para completar su profecía contra aquella reprobada nacion, en medio de tanta alegría, locuras de gozo y entusiasmo.

Canónigo. Del grado de entusiasmo y especie de enagenacion en que se hallaban podrá formarse alguna idea leyendo lo que afirma Theodoret. Este nos refiere que hicieron palas, picos, espuelas y azadones de plata para cavar y trasportar la tierra, y que las mugeres mas principales entre ellos se disputaban á porfia la gloria de ayudar á sacarla en sus trages mas preciosos. Todo se convirtió en llanto y confusion de aquel obcecado pueblo: el fuego consumió los martillos, sierras, cinceles y demas instrumentos que se habian preparado: el terremoto que sobrevino repentinamente arrojó á grandes distancias las piedras y materiales que habian reunido, y derribó las casas inmediatas en que habitaban muchos de los trabajadores, quedando en ellas sepultados.

Prefecto. Todos los hombres de buena fe, aun de distintos partidos, confiesan este hecho admirable: los muy instruidos, aun entre los mismos

incrédulos, no han podido resistir á la verdad de un hecho tan público y tan notable. La conversion del deista Lyttelton, uno de los incrédulos mas obstinados de Inglaterra, es una prueba nada equívoca de este convencimiento. De tal modo estaba persuadido de este hecho maravilloso el célebre Voyle, inglés no menos incrédulo que el antecedente, que le obligaba á decir: "que aunque él daba muy poco crédito á los milagros obrados despues de la muerte de los Apóstoles, no se atrevía á desecharlos todos, por el que sucedió en tiempo del emperador Juliano; porque era tan extraordinario en todas sus circunstancias y estaba tan plenamente comprobado, que no sabia con qué cara osaria alguno contrarestarlo."

Directora. ¿Y lo de las cruces que aparecieron en los vestidos de todos indistintamente, está tan ciertamente recibido?

Prefecto. Están contestes todos los autores de mayor nota, que en la noche y dia inmediato se apareció en el aire una cruz muy resplandeciente rodeada de una orla luminosa, que se estendia desde el Calvario hasta el Monte Olivete, y que los vestidos de los judíos y los cristianos se llenaron de cruces de extraordinaria hermosura, sin que las pudieran borrar, por mas que algunos de

aquellos lo intentaron. San Juan Crisóstomo, hablando de este prodigio unos veinte años despues de sucedido, decia, igualmente, que muchos de los que lo oian podian ser testigos oculares. San Gregorio Nacianceno afirma que cuando lo estaba escribiendo, permanecian aun en los vestidos de los judíos y los cristianos las cruces indelebles. San Ambrosio, escribiendo al emperador Teodosio, le recuerda esta maravilla como sabida por todo el universo y sucedida pocos años antes. Manifiesto triunfo del Crucificado y desengaño de innumerables que, entrando en la senda del verdadero conocimiento, lograron con esto su eterna salvacion. "Triunfaste, Galileo, triunfaste," decia el mismo Juliano arrojando al cielo su propia sangre, cuando herido de una mano invisible en la batalla, murió desgraciadamente á los treinta y un años de su edad, con muerte tan desastrada como todos los demas perseguidores de nuestra Santa Iglesia.

Canónigo. Así se ha repetido hasta nuestros dias, y así sucedió con el infeliz Voltaire. "Aunque os representeis todos los furores de Orestes, decia su médico, el célebre Tronchin, no vereis en ellos mas que una débil imágen de los de Voltaire en su última enfermedad. ¿Cuánto seria de

desear que todos nuestros filósofos hubieran sido testigos de los remordimientos y furores de Voltaire moribundo!"

Directora. Es preciso estar ciegos, ó apetecer las tinieblas mas que la luz, para negar lo que llegaron á ver y confesar nuestros mismos enemigos.

Prefecto. Así lo dice San Juan.

Canónigo. En el número de testigos imparciales deben contarse tambien aquellos que, siendo antes paganos y filósofos, despues de examinar el Evangelio á todas luces, le defendieron con sus escritos y dieron por él sus vidas. Tales son en los primeros siglos Justino, Athenágoras, Anobio, Cuadrato; el cual, en su apología, citaba á los paganos los enfermos curados y los muertos resucitados, que aun vivian entre ellos. Del exámen riguroso de tales fundamentos, resultaron las conversiones de los hombres mas insignes.

Prefecto. Bien célebre es la asombrosa de Victorino, público profesor de retórica en Roma en el cuarto siglo, maestro de muchos senadores, que luchando con su propia conciencia por mucho tiempo, al cabo se declaró público defensor del Evangelio: le defendió y sostuvo en sus escritos; africano de origen, y tan grande en Roma, que sus discípulos le habian erigido una estátua. Mi-

nicio Félix, célebre abogado en la misma capital del mundo, á principios del siglo tercero, gentil en un principio, abrazó el cristianismo y publicó su apología, que tituló *El Octavio*, por el tiempo en que Septimio Severo lanzó el famoso edicto que produjo la quinta persecucion, usando de algunos argumentos de la apología de Tertuliano, aunque en mejor estilo, é imitando á Ciceron en su libro ó tratado de *Natura Deorum* y aun empezando con las mismas palabras que el diálogo del orador: *Cogitanti mihi.*

Canónigo. Clemente Alejandrino y Origenes tampoco abrazaron el cristianismo á ciegas, sino despues de un exámen muy prolijo.

Prefecto. San Gerónimo nos cuenta setenta autores cristianos durante los tres primeros siglos, y cincuenta y cuatro partiendo desde los seis primeros años del siglo cuarto hasta el tiempo en que él mismo escribia, es decir, hasta el año trescientos noventa y dos. Así exclamó este santo doctor: que los que dicen que la Iglesia Cristiana carece de filósofos, de hombres elocuentes é ilustrados, se dediquen á examinar mas de cerca á todos aquellos por quienes fué fundada, defendida y embellecida; y á vista de tanto saber y de

tanta elegancia, se dejen de acusar de rusticidad á nuestra fe.

Directora. ¡Qué diria si viviera en estos tiempos!

Prefecto. Si San Gerónimo hubiera de hablar no como quien era, sino como merecen los que esto dicen, deberia llamarlos fátuos, ignorantes y charlatanes; pues no habiendo hecho mas que andar de Ceca en Meca todo el dia, ni tienen mas instruccion, ni mantienen otra moralidad que la que han aprendido corriendo de tertulia en tertulia, de plaza en plaza, de paseo en paseo, de gusto en gusto, de apetito en apetito y de pasion en pasion. Disimulen vds. me haya en algun tanto enardecido contra tal clase de gentes.

Canónigo. Todo proviene de falta de instruccion.

Directora. Falta de instruccion en unos, y sobra de malicia en otros.

Prefecto. Por mi propio destino observo que están por demas los mejores libros para esa clase de gentes. Es un dolor ver el gusto tan estragado y dominante de la juventud del dia.

Canónigo. ¡Qué convencidos han de estar de la certeza de nuestra santa religion los que no leen otros libros que los de sus mayores enemigos?

Directora. Sucede cabalmente con los buenos libros lo que con los sermones: que los que mas lo necesitan, ni los leen ni los oyen; siendo lo peor, que sin leer nada, se precian de entenderlo todo.

Canónigo. Por lo regular andan hermanados el atrevimiento y la ignorancia; y para esplicarme en frase de mundo: la soberbia es el genio del presente siglo. Esta ha sido, es y será siempre el principio y causa de toda nuestra perdicion.

Prefecto. De eso nos dan una evidente prueba cuantos se han extraviado de la verdadera senda del acierto. Si observamos la conducta de los que empezaron á suscitar errores en la primitiva Iglesia hasta llegar á los innumerables de nuestros dias, y aun retrocediendo hasta nuestros primeros padres, á todos los hallaremos unánimemente comiendo los frutos de la prevaricacion á la sombra y oscuridad de su desobediencia y soberbia. Este es el principio que acarreó estos males en la Iglesia naciente, despues en los cismáticos, y últimamente en la multitud de luteranos, calvinistas, zuinglianos y demas novadores protestantes ó pretendidos reformadores.

Directora. No saben vds. el gusto y placer que me han dado en tocar estos puntos. Soy muger

y confieso que no es dado á las de nuestro sexo discutir materias tan serias, y menos formar opinion en cuestiones tan delicadas; pero por lo poco que he leído de historia eclesiástica, ó no tengo pizca de sindéresis, ó se encuentran entre todos esos descariados unas contradicciones que no pueden salvarse por título alguno.

Canónigo. Algo hay de eso, señorita.

Directora. Diga vd. señor Canónigo, empeñando por los griegos cismáticos, ¿no fueron esos los mismos que estuvieron diciendo un sin número de años que nuestra Iglesia era la única, la santa, la católica, la apostólica, y que fuera de ella todo era falsedad y á ninguna otra debia reconocerse?

Canónigo. Todo el tiempo que estuvieron unidos á la Iglesia Latina cantando á voz en cuello con nosotros el mismo simbolo de fe.

Directora. ¿Pues cómo despues de su separacion y haber hecho una mutacion tan sustancial en la suya, se atreven á decir y cantar esto mismo de una profesion tan opuesta? Eso es para mí una gregueria. ¿Pueden ser verdaderas dos cosas contrarias?

Canónigo. Eso es imposible: alguna ha de ser falsa.

Directora. Así lo supongo; y en ese caso, ¿á quién deberemos dar la razon, á quien siempre pensó y habló consiguiente, ó al que lo hace con inconsecuencia y contradiccion?

Canónigo. Clara está en ese punto la respuesta.

Directora. Pues ahora bien, y contrayéndonos al objeto principal de la cuestion, ¿en qué Iglesia advertimos las notas y caracteres de la divina y verdadera? ¿En la Latina, que siguió siempre la misma sin variacion alguna en cuanto al dogma, ó en la Griega, en que todo ha sido mutaciones, no como quiera, sino tan clásicas y sustanciales como advertimos en todo lo dicho?

Canónigo. Es preciso carecer del sentido comun para no preferir á la Latina y declararla divina y verdadera por todos conceptos.

Directora. A mí me parece eso mismo en mi corto entender.

Prefecto. Pues vaya otra añadidura á las contradicciones que vd. advierte, y pásmese vd. mas, señorita. ¿Cómo puede vd. componer que esos cismáticos, al menos los modernos, hagan ostencion de reconocer y venerar á los antiguos padres de la Iglesia y nuestros siete concilios generales, llevando la sentencia contraria en lo mas

fundamental y sustancial de todo, sin querer reconocer á la Santa Sede por centro del catolicismo, y al romano Pontífice por cabeza visible de la Iglesia?

Directora. Semejantes errores é inconsecuencias parecen increíbles.

Prefecto. Dios nos libre de regirnos por nuestro propio capricho y que se oscurezca de algun modo la lucerna de la divina palabra, que debe en todo iluminarnos y guiar nuestros pasos. En este caso cada uno es un tropezon; cada tropezon una caída, y cada caída un descalabro.

Canónigo. Pero dejándonos ya de griegos, ¿qué me dicen vds. de los novadores ó pretendidos reformadores de nuestros días?

Directora. Por mi parte confieso á vds. que cuantas veces he leído algo de historia sobre tales materias, me han dado ganas de tirar el libro al ver los despropósitos, contradicciones y diversidad de opiniones aun entre ellos mismos. Ni los llegué á entender, ni creo se entiendan los unos á los otros en sus mismas confesiones mas principales, aun inclusa la de Augusta.

Canónigo. ¿Qué claridad han de presentar á los demas, cuando no han acabado de convenir entre sí mismos los misterios mas principales!

¿Qué distintos pareceres y opiniones no hay entre ellos sobre el principalísimo de la existencia real del Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristia! Unos, que no hay tal cuerpo: otros, que sí, pero empañado: otros, que algo se parece por un modo místico: estos, que por los efectos que obra: aquellos, que no hay virtud al hombre concedida para hacerlo. Todo es confusion y division de pareceres. Y si esto sucede con un testo sagrado en que clarísimamente dijo Jesucristo á los Apóstoles que aquello que acababa de consagrar era su cuerpo y sangre, que lo comiesen y bebiesen, y que cuando ellos lo consagrasen, por la virtud que les habia dado y en ellos á los demas sacerdotes, lo hiciesen siempre en memoria suya, ¿qué sucederá con los lugares oscuros de la Sagrada Escritura, y mucho mas si no leen otras Biblias que las mutiladas ó faltas de algunos libros canónicos, sin notas ni esposicion alguna de los Santos Padres?

Directora. Yo no sé cómo esos hombres tienen valor para defender con tanto teson la claridad y facil inteligencia de las Sagradas Escrituras, dando ellos á todo el mundo una prueba evidente de todo lo contrario en no acabar de convenir entre sí mismos sobre el verdadero sentido de un testo tan claro y tan famoso.